

# EL CANTO DE LA SIBILA

En lo profundo de los bosques, en la oscuridad de las cavernas o junto al torrente de los ríos tuvieron su morada en la antigua Grecia las sibilas, mujeres vírgenes mayoritariamente ancianas con el don de la profecía, otorgado por el dios Apolo; oráculos del porvenir al margen de los templos y sus sacerdotes.

Hay quien dice que el significado de su apelativo es “mujer sabia” y otros “pensamiento de Dios” o “voluntad de Dios”, como sea, las sibilas eran consultadas por reyes para conocer la suerte que correrían sus Estados y buscando consejo para el mejor gobierno de éstos.

Teniendo en cuenta el respeto de los hebreos hacia sus propios profetas y el carácter profético y el prestigio de las sibilas entre los griegos un vaticinio puesto en boca de las sibilas referente a la fe judaica podía ser decisivo para su futuro, consideración que dio origen a una serie de libros conocidos como *Oracula Sibyllina*.

De estos doce libros cabe destacar el octavo, de origen cristiano, que contiene unos versos relativos a la segunda venida de Cristo el día del Juicio final que se atribuye a la Sibila Eritrea, es así como este personaje no se acabó en la antigüedad clásica, sino que San Agustín consideró que era digna de ser tenida entre los hijos de la Ciudad de Dios al comprobar que sus versos no hablaban de dioses falsos y así, su voz se puso al servicio de la Iglesia como una más entre los profetas.

Las representaciones iconográficas sobre el Juicio Final sirvieron a la Iglesia durante la Edad Media para aleccionar al pueblo, encontrando en el Apocalipsis la clave para justificar todo cuanto de negativo ocurría en el mundo, pero debido a la complejidad técnica que conlleva la puesta en escena del Juicio Final no fue hasta el S. XIII cuando tuvo oportunidad de desarrollarse una pieza de mucha menor envergadura que hizo su aparición en el marco de la liturgia, dentro del *Sermo de Symbolo* (sermón en contra de judíos, paganos y arianos) que se incorporó en el Oficio de Maitines el día de Navidad.

Nos referimos al Canto de la Sibila, cuyo primer testimonio (letra y música) es el de un manuscrito de alrededor del S.X procedente del monasterio de San Marcial de Limoges

Si la representación en imágenes del Juicio sirvió para provocar el temor entre los fieles, y en consecuencia despertar en ellos un estado emocional de arrepentimiento, al oír la profecía de la Sibila aunque sólo fuese una vez al año, el efecto que debía producir sería más o menos parecido. Si fue así, versos e imágenes desempeñaron una función pedagógica, acaso necesaria para encauzar una mejor convivencia social.

No es arriesgado suponer que la razón principal por la que los versos de la Sibila se tradujeron a la lengua vulgar fue didáctica: facilitar la comprensión de su significado a los fieles. Lo curioso del caso es que, a pesar de su notable difusión tanto en Francia como en Italia y España, y también en Yugoslavia, Austria y Portugal, únicamente se sepa de traducciones al occitano, al catalán y al castellano.

Las versiones en castellano del Canto de la Sibila fueron modeladas a partir de otras en catalán. Además de la versión del leccionario de la Seo barcelonesa, del siglo XV se conserva otra versión musicada en un cantoral que fue del convento femenino de la Concepción en Pollença (Palma de Mallorca), que confirma la difusión en tierras del antiguo reino de Aragón de los versos sibilinos en versión catalana. La primera de las dos únicas versiones conocidas en español de esta pieza la llevaba un cantoral de hacia 1500, hoy en paradero desconocido, procedente de un convento de monjas de la ciudad de Cuenca. La otra versión consta en el ceremonial de la catedral de Toledo del año 1585

En nuestros días, después de haber sobrevivido a la Contrarreforma, el llamado 'Cant de sa Sibil-la' es una de las tradiciones más arraigadas de la cultura mallorquina, se representa todas las noches de Navidad, antes de la 'misa del gallo' en las iglesias de Mallorca, siendo el momento más esperado por parte de los fieles.

Paradójicamente, la noche que se dedica a celebrar el nacimiento del Redentor también se emplea en este caso para recordar la cercanía, física y moral, del Juicio Final y las innumerables catástrofes que a éste se encuentran vinculadas. El tono del texto y de la música es crudo y severo, admonitorio, amenazador. Sólo en la última estrofa del canto se atenúa el brillo del dolor, al revelarse que lo único que mantiene alejado el día de la hecatombe es el nacimiento de un niño en tierras palestinas.

Musicalmente hablando, en sus inicios la pieza se cantaba con melodía gregoriana, de ritmo libre, pero al convertirse en un canto popular fue adquiriendo un ritmo más medido y popular. También se fue modificando por influencias melismáticas de supuesto origen árabe.

La llegada de la sibila a escena, en la noche navideña, viene precedida por una poderosa música de órgano, que sirve de introducción para la terrible letanía apocalíptica, que da inicio sólo cuando el silencio se ha impuesto totalmente en la iglesia. La pieza suena en una única línea melódica entonada en marcados altos y bajos, sin acompañamiento alguno a la voz mientras ésta desglosa las palabras sibilíticas.

Ha sido tradicional en Mallorca, desde el siglo XIV, dada la prohibición que pesaba sobre las mujeres a la hora de celebrar actos litúrgicos, que fuera un niño (por su voz blanca) el que llevara a cabo la representación, ataviado, eso sí, con unas vestimentas de corte femenino, como son una túnica, generalmente de color blanco, un mantel de seda bordada y color vistoso y una especie de gorro que suele variar de tamaño y también de color. Con el cuerpo inmóvil y sujetando en todo momento con sus manos, frente al rostro, una reluciente y enorme espada, una voz en apariencia amable volcaba la amenaza del desastre sobre las cabezas de los fieles. Sólo en las últimas décadas, gracias al Concilio Vaticano II, se ha levantado esta prohibición y ahora podemos ver finalmente como generalmente son mujeres, adolescentes en la mayor parte de los casos, las que representan esta ceremonia. Al finalizar el canto, la sibila alza la espada para hacer la señal de la cruz (en una tradición que ya ha desaparecido la sibila alzaba la espada para acabar cortando unos hilos de los que colgaban 'neules' -barquillos-dulces, algunas cocas y a veces incluso golosinas, que caían sobre los feligreses).

Hay mucho de hipnosis en este canto, en la severidad con la que es puesto en pie y en el clímax dramático que alcanza. Todo ritual religioso comparte dichas características hipnóticas, pero en el caso del oráculo formulado por la sibila el efecto se refuerza y lleva hasta su desarrollo final. Su declamación es un mantra que envuelve

al espectador con una nube envenenada de fuego, sumiéndolo en perspectivas de una oscuridad abisal. La hipnosis y el sueño que presiden la interpretación del ritual se conjugan con la amenaza de aniquilación de su mensaje. Un texto intimidatorio desgranado por una figura enigmática, desconcertante; más cerca de lo pagano que de lo cristiano, la sibila cumple una función algo exótica, pues se trata de un ser que se encuentra en cierta posición límite entre la comunidad y lo que le es exterior y distinto, entre lo humano y lo divino.

Pero ¿por qué la cultura de la Grecia clásica otorgaba un mayor reconocimiento a la mujer como profetisa en comparación con la religión judeocristiana en la que sólo aparecen las voces proféticas de los hombres?

Según Camille Paglia, crítica social, intelectual, escritora y profesora estadounidense, la naturaleza femenina es un poder ctónico, es decir, aquel que se encuentra directamente emparentado con la naturaleza (la Gran Madre, el “Útero-tumba”). Su carácter es ‘demoníaco’, en el sentido del “daimon” griego al que Sócrates se refería como «voz profética dentro de mí, proveniente de un poder superior».

Esa ambivalencia, ese estar a la vez mirando hacia el cielo, su vinculación con Apolo obliga a ello, y disuelto en lo telúrico, es lo que hace que sea la figura femenina la más adecuada para llevar a cabo las dotes proféticas, y también para escenificar el ‘cant de sa sibil-la’.

Paz Aparicio.